

INTRODUCCION

AL

ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA PLATÓNICA.

(Conclusion.) *

VII.

Pero Mr. Cousin (1) considera el empleo de los mitos como una consecuencia de la ironía platónica, y si por lo ya dicho queda refutada esta enseñanza del ilustre traductor de Platon, suscita otro tema que la critica debe resolver, declarando la importancia y la gravedad de la ironía platónica.

Nos ofrece este estudio nueva demostracion de cómo influyen en intérpretes y comentadores las ideas dominantes al tiempo de escribir el comentario.

La ironía, estimada como una sencilla figura de pensamiento por los antiguos preceptistas, desde los escritos de Juan Pablo Richter y de otros estéticos, que buscaban en las condiciones subjetivas del artista la ley y la norma de las creaciones estéticas, pasó á ser el fruto maduro del genio, la expresion casi sobrehumana de una inspiracion, que se cernía sobre los mundos reales y posibles, modelándolos todos segun el pláceme de su soberanía; último término del humor, expresion maravillosa del triunfo de la individualidad. La ironía, en sus diferentes matices y en su inagotable variedad, era el espíritu creador en las artes y la manifestacion visible del genio, en opinion de estos doctores.

Si con tal importancia campeaba la ironía en las esferas del arte, no podía ménos de adquirirla en el campo de la filosofia, desde el punto en que se advirtiera que los antiguos, al tratar de Sócrates ó de Platon, estimaban como una de sus excelencias y como uno de los caracteres de su método y de sus doctrinas la ironía.

Van, en efecto, unidos los nombres de Sócrates y Platon cuando se habla de la ironía y de los modos de exposicion de las doctrinas socráticas. Platon pone siempre en labios de Sócrates la ironía, y sólo Sócrates, de cuantos personajes intervienen en los diálogos socráticos, la emplea.

Cierto que, como dice un antiguo expositor, cuando varias personas cultas y de excelentes maneras, y

avezados á la comunicacion oral, se reunen para discutir en comun un tema cualquiera, reina entre todos la mayor urbanidad y la más complaciente deferencia; pero llega el momento de la refutacion, y es necesario arbitrar modo y camino de advertir las exageraciones del contrario y demostrar su sinrazon y la ironía que permite decir lo que verbalmente no se dice y atenuar lo que realmente se expresa, es un arma excelente, que salva todos los respetos y hace contundentes las réplicas. Sócrates acudió á esta manera, no sólo por la razon que queda dicha, sino por las condiciones de los adversarios que ordinariamente encontraba á su paso. Imitadores de Protágoras, de Gorgias y de Prodicio, sin la facundia y la admirable flexibilidad de aquellos sofistas, suplían estas faltas por una vanidosa presuncion de que queda repetidas señales y testimonios en los antiguos escritores.

Sócrates disimulaba la superioridad que le daba en la discusion el criterio de conciencia á que de ordinario acudía, y atrayendo con afectada sencillez á su interlocutor al punto que creía decisivo, mostraba allí el contraste que existe entre el ideal de la ciencia y la fatuidad del sofista.

La ironía para Sócrates era una purificacion intelectual, y en el *Sofista* recuerda que, para acercarse á las fuentes de la verdadera ciencia, es necesario desprenderse de las pretensiones de una ciencia imaginaria. Más cerca de la ciencia está el puro y simple de espíritu, que el que vive envuelto en las preocupaciones del sofista.

Desarraigar del espíritu esta preocupacion, limpiarlo de prevenciones, ahuyentar la fatuidad, salvarlo de las redes de una semi-ciencia que se cree ciencia absoluta, era una necesidad, no sólo moral, sino lógica para todos los socráticos, y la ironía grandemente aprovechaba para estos fines.

Sócrates entendía que el procedimiento lógico del método refutativo estribaba principalmente en deducir y mostrar todas las consecuencias que se desprendían de la tesis planteada; así que, dando el pase hipotéticamente á la tesis de su adversario, de conclusion en conclusion, lo lleva á estrellarse contra el absurdo, y entónces se desvanece la aparente verdad, se muestra el error, y la ironía oculta y velada en todo este trayecto, se manifiesta y brilla. Aprovechaba la ironía, no sólo á esta purificacion intelectual, sino tambien á la moral, no ménos indispensable que la otra. El fin de todos los afanes y vigiliias, razonamientos é inquisitivas, es el bien, porque lo verdadero no es más que un

* Véanse los números 55 y 56, páginas 41 y 81.

(1) *Platon*, tomo VI, pág. 356.

medio de llegar al bien. Originase de aquí un vínculo estrecho y amorosísimo entre el corazón y el entendimiento, de manera que para conocer la verdad es condicion prévia el amarla. La moralidad es condicion de la ciencia, y en el *Sofista* repite Platon: que la ciencia corresponde á algo divino que hay en el hombre que jamás pierde su vigor y su energía, y ese algo divino es el que de todas suertes y maneras debe esclarecerse y aguijonearse.

Hay verdadera identidad, repite el autor de *La República*, entre la virtud y la ciencia, y el vicio era á sus ojos obstáculo más insuperable que la ignorancia. De aquí la necesidad de la ironía; arma provechosa, que tocando al alma, la cauterizaba, deteniendo la acción corrosiva de la vanidad, de la presunción, de la petulancia, que concluían por incapacitarla para la verdad. Para Sócrates, que estimaba la ciencia, no como una deleitacion abstracta del pensamiento, sino como la práctica del bien, la purificacion intelectual y moral, que se conseguia por el empleo de la ironía, era un procedimiento interesantísimo.

No tiene otros caracteres que los expuestos la ironía socrática, y repasados los Diálogos Platónicos, no encuentra fundamento para atribuirle mayor trascendencia. Más aún, campea principalmente el empleo de la ironía en los Diálogos Socráticos, y no es tan frecuente en los llamados Platónicos, lo que concuerda con el dicho de Olimpiodoro, de que Platon habia renunciado á la ironía socrática, y con algun texto del *Sofista* en que equipara esta manera de la lógica refutativa con los hábitos de los sofistas, aunque añadiendo que era una sofística de noble alcurnia. Es necesario tambien distinguir el empleo de la sátira, y áun de las situaciones cómicas en los Diálogos de la ironía socrática.

El carácter eminentemente dramático de los diálogos; el empeño con que dibuja Platon la fisonomía moral é intelectual de los interlocutores; la solicitud con que señala las peripecias en este drama lógico, crea necesariamente situaciones cómicas, que no se deben imputar al empleo de la ironía. Las situaciones verdaderamente cómicas en que vemos á Gorgias, á Protágoras y á Hippias en los diálogos y el ridículo que nace de ellas, es un efecto de la traza dramática de los diálogos, no es un efecto de la ironía platónica, ni en nada se relaciona con la ironía. Lo mismo acontece con los rasgos epigramáticos que se advierten en los Diálogos Platónicos, ya contra los sensualistas, ya contra los discípulos de Protágoras y de Gorgias. Serán más ó ménos adecuados á la gravedad de la exposicion científica, pero no se originan de la ironía; nacen de la naturaleza y de las exigencias del diálogo, que no olvidemos florece en la gran época de la dramática griega y era la forma más popular entre los griegos.

Si la ironía se estima de la manera que ántes se dijo,

y se escribe para caracterizarla, como escribió Cousin, que hasta la naturaleza en alguna de sus producciones es irónica; que el mito es esencialmente irónico, y que la ironía no sólo muestra la discordancia entre lo real y lo ideal, sino que anula lo real en lo infinitamente grande, segun unos, ó en lo infinitamente pequeño, segun otros, confesemos de buen grado, que ni Sócrates ni Platon entendieron de esta suerte la ironía ni la aplicaron con semejantes intentos, y que los comentaristas modernos han cedido fácilmente al encanto de concepciones novísimas, dándoles, sin razon, antiguo abolengo. Para Platon, como para Sócrates, la ironía no era más que un procedimiento del método refutativo que se dirigía simultáneamente al corazón y á la inteligencia, mostrando en la reduccion á lo absurdo el error, é hiriendo acerada pero áticamente la fatuidad, la soberbia y la petulancia.

VIII.

¿Pero es posible distinguir en la historia de la filosofía á Sócrates de Platon, y á Platon de Sócrates? ¿Hasta dónde llegan los merecimientos del maestro y en qué consisten los del discípulo? La critica, al examinar este delicado tema, ha engrandecido unas veces á Sócrates, creyendo que era socrática toda la doctrina de los Diálogos, y otras veces queda la figura de Sócrates como la de un mero precursor á quien prestó fama y renombre el figurar como interlocutor en los Diálogos Platónicos. Sócrates es el filósofo; Platon el elocuente y poético expositor de la doctrina de Sócrates, dicen unos. No, replican otros. Sócrates discurrió sólo sobre moral práctica, sin caracteres científicos, y debe su fama á su muerte y á su discípulo.

Conocemos ya para resolver esta cuestion, á la que no doy sin embargo la importancia que le atribuyen muchos historiadores, (porque queda limitada á una distincion de individualidades en obsequio de la verdad histórica, atendido á que para nosotros, sean Sócrates y Platon, ó Platon solo ó Sócrates expuesto por Platon, gozamos el lleno del pensamiento en la forma eternamente admirada de los Diálogos), los escritos platónicos en la antigua division en Diálogos Socráticos y en Diálogos Platónicos.

¿Pero cuál es el criterio para esa misma division entre los socráticos y los platónicos? ¿A qué acude y de qué se auxilia la critica para distinguir entre lo socrático y lo platónico? Respecto á Sócrates, la critica posee, no sólo los Diálogos de Platon, sino tambien los famosísimos libros de Xenofonte. Un eminente crítico, M. Grote, sostiene que el testimonio de Xenofonte es más exacto y más imparcial que el de Platon; y respecto á datos históricos, no hay inconveniente alguno en suscribir á esta opinion, atendiendo á que Xenofonte historia y Platon no. Pero en mi sentir, si se presta tan alta autoridad á Xenofonte, queda empequeñecida la figura de Sócrates, no por la verdad his-

tórica, sino por las aptitudes y calidades especiales de su historiador.

Xenofonte no era filósofo, y hasta desdénaba las especulaciones filosóficas. Xenofonte es moralista, y su empeño en *Las memorables* de Sócrates y en la *Apología socrática*, no es ensalzar al filósofo, es pintar al hombre. Su apología se encamina á mostrar el bien y el provecho que resulta á la moral práctica de las enseñanzas socráticas. De suerte, que si consigue reproducir admirablemente los rasgos principales y los más luminosos de la moral práctica de su maestro, raras veces se transparentan en sus páginas las teorías dialécticas y metafísicas de Sócrates. ¿Es éste el Sócrates verdadero? Creo que no, y bastarían las acusaciones de Aristofanes y las sostenidas despues por Melito y Anito, y bastaría la misma sentencia que le forzó á beber la cicuta, para conocer que fué Sócrates mucho más que el modesto y honrado ciudadano consejero constante de la virtud, y censor inexorable del vicio, que nos pinta Xenofonte.

Tampoco sería difícil recoger en las mismas páginas de Xenofonte clarísimos testimonios de que no era Sócrates el moralista práctico que el historiador retrata, sino que era el audaz y atrevido novador que conturbaba la conciencia pública con las originalidades que Aristofanes creía peligrosas.

Aparece que es inaceptable la opinion de M. Grote, y es preciso buscar en Platon el Sócrates dialéctico, el Sócrates metafísico. ¿Y cómo discernir en Platon lo socrático? Los habituados á la lectura de los diálogos, sostienen que en todos los diálogos se encuentran frases que distinguen y separan la exposicion de lo propio del maestro, de la doctrina del discípulo. En el *Phedon*, es notoria la division en dos partes del discurso de Sócrates. En la primera expone el antecedente de su propia doctrina; en la segunda, la doctrina platónica. En el libro I de *La República*, Platon expone la doctrina de lo justo segun Sócrates, y los hermanos de Platon objetan á Sócrates preguntándole qué es la justicia *en sí*, en su idea, lo que origina la exposicion de las teorías platónicas. Como éste, son muchos los ejemplos que pudieran citarse en los Diálogos Platónicos, y de su cotejo aparece que todo lo que es elemental y exotérico, las más veces es socrático, y que las especulaciones trascendentes sobre las cosas *en sí*, son platónicas.

Si las doctrinas socráticas fecundadas por Platon crecieron adquiriendo las proporciones de un vasto sistema, conservó fidelísimamente Platon el método del maestro. Las aplicaciones de este método variadísimas y vigorosas, van siempre sujetas á los procedimientos debidos á Sócrates. Si Xenofonte ensalza sólo los resultados prácticos y morales, Platon, por el contrario, perfecciona y emplea el método dialéctico, y cuanto consigue y alcanza practicando este método, lo considera como de Sócrates, y se complace en que

la gloria de sus resultados refluya en su inventor. ¿Se entiendo por esto, que todo lo metafísico y trascendental que existe en el sistema se debe á Platon, sin que la aportacion de Sócrates vaya más allá de algunos principios elementales y del método dialéctico? No. El gérmen de muchas de las teorías platónicas se encuentra en Sócrates, otras son resultado natural, ó supuesto indeclinable de enseñanzas socráticas, y en algunas, el espíritu sistemático y audaz de Sócrates, llega á conclusiones que Platon atenúa y templa.

Sin ir más lejos en la cuestion de la voluntad y del libre albedrío, Sócrates, segun el testimonio de Xenofonte, profesaba una doctrina más radical y extremada y un determinismo más resuelto que el que aparece en los Diálogos Platónicos.

Concedor, y concedor profundo, de las exigencias del arte dramático, Platon no hubiera incurrido en sus diálogos en la inverosimilitud de atribuir á sus personajes doctrinas y enseñanzas, cuyo gérmen, por lo ménos, no les fueran generalmente atribuidos ó imputados.

La sociedad Ateniense no hubiera consentido esta inverosimilitud. El pitagórico Timeo no habla como el eleático Parménides, ni éstos como Gorgias ó Protágoras, sino que en sus discursos guardan íntima relacion con las doctrinas que profesaron: de igual manera Sócrates. Es el protagonista como sucede en el *Teetetes*, pero cuando el dogma entra en lo trascendental de la doctrina platónica, como en el *Sofista*, en el *Parménides* ó en el *Timeo*, Sócrates no es más que un personaje secundario en el diálogo, y desaparece por completo en otros.

Pero si la crítica no tuviera á mano más que los testimonios de Xenofonte y los diálogos de Platon para decidir este curioso tema, habría necesidad de engrandecer el Sócrates de Xenofonte con los rasgos del Sócrates idealizado de Platon, y el Sócrates histórico sería esta figura mixta, intermedia, más próxima, sin embargo, al retrato platónico que al de Xenofonte.

Pero afortunadamente la crítica puede y debe acudir para fijar los rasgos de la verdadera fisonomía de Sócrates á otra autoridad indiscutible y que es decisiva en la materia. Esta autoridad es la de Aristóteles. En las *Morales* de Aristóteles existen diferentes pasajes que nos procuran datos luminosos y noticias ciertas sobre las verdaderas doctrinas de Sócrates.

Sirviéndose la crítica de los textos de Xenofonte, cotejándolos con los de Platon y acudiendo en todas las dudas y perplejidades á la autoridad de Aristóteles, se advierte, como sostienen ya hoy los más autorizados intérpretes del platonismo, que se exagera la dificultad del caso y que no hay, como en lo antiguo se creía, contradicciones profundas y radicales entre los *Memorables* de Xenofonte y los *Diálogos* de Platon.

Para llegar á este resultado, es preciso poner un

freno á la suspicacia y á la desconfianza de la crítica alemana, sin incurrir tampoco en la superficialidad de la crítica inglesa, que si recoge fidelísimamente los textos, se detiene y queda perpleja en la superficie de las doctrinas, sin avanzar á su contenido.

Con este método afirma hoy Mr. Fouillée que ha conseguido reconocer al verdadero Sócrates, al Sócrates histórico, y que no difiere del Sócrates que figura en los diálogos, sino en que han llegado en los diálogos á granazon y á madurez, todos los gérmenes y todas las semillas.

Si el Sócrates de Platon no es el Sócrates *real*, es sin género de duda el Sócrates *verdadero*. Platon, reconociendo lo intrínseco y esencial de la doctrina de su maestro, nos ha permitido contemplar la *Idea* de Sócrates. Llegado á esta consecuencia, claro es que la idea y el espíritu es lo que importa en las especulaciones filosóficas. Claro es que en todo espíritu filosófico existe una concepcion que se desarrolla al traves de una vida dialéctica, y que esta verdadera originalidad metafísica del pensador se envuelve y quebranta en los innumerables accidentes, cortes, soluciones de continuidad y retornos, que constituyen la trama de la vida finita; originándose de aquí los dos aspectos, ambos reales y verdaderos, que tiene la existencia del filósofo, el aspecto profundo, esencial y metafísico, que crece y se continúa con un ordenamiento sistemático y que representa Platon, y el aspecto natural, biográfico que pinta Xenofonte. Este segundo aspecto es el ménos interesante para la historia de la filosofía: el capital es el que Platon conservó. En el gigantesco fresco de los Diálogos Platónicos, en el agrupamiento de figuras y dontrinas de aquella titánica concepcion, no está sólo Sócrates, están además Pitágoras y Parménides y el mismo Platon; pero tambien está Sócrates, y con el auxilio de Xenofonte y de Aristóteles, es dable arrancarlo del cuadro para verlo en su genial individualidad; lo que últimamente ha conseguido con general aplauso Fouillée, en su laureado libro sobre la *Filosofía de Sócrates*.

Tales son los resultados novísimos de la crítica respecto á un tema que, si apasionó á los eruditos en épocas pasadas, no es, en mi sentir, de importancia para el historiador de la filosofía, que no es un biógrafo, sino un dialéctico.

Basta al historiador saber que Platon estimó principalmente la parte superior y trascendental de la filosofía socrática, para adivinar que Platon y no Xenofonte es el que conservó la verdadera direccion del pensamiento socrático, salvándolo de las degeneraciones que le afearon en manos de cirenaicos y de cínicos.

La tendencia y la finalidad en la investigacion, la naturaleza del sujeto que investiga y las leyes del ordenamiento en lo inteligible y en lo inteligible y de

uno con otro, constituían entónces y han constituido en toda edad filosófica, la parte esencial y eterna de las doctrinas y de las escuelas.

Buscando esta esencialidad intrínseca en la doctrina socrática, Platon la encontró; la puso con respeto sobre su cabeza; la fecundó despues con la inagotable profundidad de su espíritu, procurando realizarla y cumplirla en todas las direcciones y en todos los ámbitos, como la continuó á su vez Aristóteles, corrigiendo y enmendando en la esfera de lo sensible los métodos socráticos y las soluciones platónicas. Esto basta al historiador para enlazar la sucesion de las escuelas socráticas, reconociendo en Sócrates la iniciacion y el germen, el florecimiento estival en Platon, la correccion prudente y el complemento enciclopédico en Aristóteles, originándose de esta posicion de los nombres y de este heredamiento de unas escuelas por otras, los merecimientos y las glorias de cada una. Aún no sin razon, al mirar estas conclusiones de la crítica novísima, podrán los admiradores de Sócrates quejarse de que quedan olvidados merecimientos indecibles en el gran fundador de la escuela que más larga historia ha tenido en la historia de las ideas. Aún recordarán la enseñanza oral de Sócrates; la espontánea viveza de su incesante interrogatorio; la profunda perspicacia con que veía lo que no se ve, las relaciones entre las cosas desemejantes y contrarias; la sed y el hambre de ideas que le aquejaban, buscándolas ávidamente en toda ocasion y con cualquier motivo; la flexibilidad, la destreza, la gracia y el encanto de sus controversias, que consiguieron llevar á él la actividad intelectual de un pueblo como el ateniense; y se condolerán del enjambre de ideas, observaciones y advertencias que quedaron perdidas al elegir Platon sólo algunas de aquellas enseñanzas para tejer su aplaudido sistema.

Posible es que así sea; pero la pérdida de aquellos tesoros intelectuales aumenta el agradecimiento á Platon por la piedad filial con que hizo figurar á Sócrates en sus diálogos, resucitándolo de tan exacta manera, que se reconoce la verdad de la encarnacion, comprobándola con los textos de Xenofonte y de Aristóteles.

IX.

Siempre que se trata de un nombre tan ilustre como el de Platon, la crítica va bordeando abismos, y todo cuidado es poco, y toda diligencia escasa para no dar en el fondo de los que ahondan, ya los contradictores, ya los adeptos entusiastas.

Estimada la originalidad de Sócrates y Platon, distinguida la del maestro de la del discípulo, aún se empeñan no pocos en creer que rompe el platonismo con la historia anterior de la filosofía griega, sin que haya en las escuelas anteriores á Sócrates cosa que merezca recordarse como fuente del platonismo.

Repite el platonismo, segun estos escritores, la fábula

de Minerva, y movidos é impulsados por esta doctrina muy acreditada entre los neoplatónicos y los platónicos del Renacimiento, muy luego entendieron como revelacion extraordinaria y sobrenatural la teoría de Platon, y los ménos dados á lo maravilloso, no tuvieron inconveniente en saltar la edad Griega é ir á buscar los gérmenes y las inspiraciones en las edades orientales, ya en el Egipto, ya en los Medo-persas, ya por último, en los libros Sagrados del pueblo judío.

La critica no puede aceptar estas apoteosis ni consiente tampoco en que arbitrariamente se rompa la serie de los tiempos y se encadenen al antojo humano las edades y las civilizaciones, porque una y otra cosa son graves ofensas y desacato manifiesto á la majestad de la historia.—La historia es una dialéctica.

Las escuelas jónicas señalan el término inicial de ese procedimiento que se corona en Platon. Los jónicos, partiendo de la consideracion del mundo sensible, y buscando principios que expliquen los fenómenos, creyeron dar con estos principios al dogmatizar sobre el desenvolvimiento dinámico ó por la agregacion mecánica del mundo. La escuela dinámica de Mileto, estudiando la generacion sensible, partía de la concepcion de una materia primera para é invisible, de carácter abstracto y matemático que Platon conserva despues como el receptáculo de la generacion; y Thales, buscando el fecundador de esa materia, hablaba de algo semejante á una inteligencia que *recorre las ondas rapidísimamente*.

Diógenes concedía la inteligencia al aire; y el aire inteligente, respirado por el hombre, le daba alma é inteligencia.

La concepcion del mundo sensible de Heráclito es, segun Aristóteles, la concepcion de lo sensible de Platon, y en el *Teetetes* resume de un modo perfecto y admirable la doctrina del renombrado filósofo de Efeso, con fórmulas que han quedado en la historia.

La universal contradiccion y la unidad de los contrarios sostenida por Heráclito, influyó poderosamente en las concepciones platónicas. Y basta recordar pasajes del *Banquete* y algunas de las tesis del *Parménides*, para reconocer la influencia de Heráclito en Platon, que lo tenía muy presente, al entender que todo pasa y se transforma, excepto Yo, que pienso y el objeto de mi pensamiento ó sea la *Idea*. La doctrina platónica, respecto á la materia, es la doctrina de los jónicos; y si Platon muestra desden y desapego hácia alguna de estas escuelas, guarda sus desdenes para los atomistas mirando con complacencia la física especulativa de Heráclito, que consideraba la naturaleza como un trabajo continuo y transformacion infinita; como un movimiento progresivo, casi como una dialéctica viva.

En Anaxágoras se descubren datos y antecedentes del Timeo, y el caos de Anaxágoras sirve de símbolo á Platon para explicar el crecimiento de los

organismos, de la misma manera que la consideracion de la inteligencia como principio, no ya como atributo ensalzada por Anaxágoras, es el antecedente del Demiurgo del Timeo, si bien completándose la inteligencia con lo inteligible.

No sólo por su doctrina de la inteligencia divina Anaxágoras es un precursor de Platon, sino que existe una filiacion innegable entre uno y otro filósofo respecto á la inteligencia humana. Las inteligencias individuales no tienen más que una existencia relativa; manifiestan el predominio de la razon universal en un sér particular. Dios está en nosotros, decían los discípulos de Anaxágoras, y deslumbrados por el poder absoluto de la inteligencia divina, menospreciaban los sentidos y ponían en duda todos los conocimientos que procuran. Platon acepta de Anaxágoras el carácter absoluto de la razon universal, la participacion en la razon universal de todos los espíritus y el carácter relativo de los fenómenos sensibles, por más que estas concepciones, vagas y sueltas en Anaxágoras, se coordinen y sistematicen en las teorías platónicas, representándose una vez más la trama interior y la ley interna de la historia.

Si debió Platon preciosos legados á las escuelas jónicas, no hay para qué decir que influyeron tambien en sus concepciones los dogmas de los pitagóricos. Buscando la unidad de las leyes, fundó Pitágoras la ciencia de la Naturaleza en la ciencia de los números; el firmamento es una armonía y un número, decían los pitagóricos. Y la concordancia en este punto con los platónicos es evidéntisima. El número era una abstraccion y no una realidad, y Platon quería la unidad real para que fuera verdadera la armonía. Por eso se separa de los pitagóricos, sosteniendo que el principio supremo es el Bien, el Bien puro, exento de toda mezcla y amalgama, no el par-impar, finito é infinito de que nos hablan los pitagóricos. Los números eran meras posibilidades entre los pitagóricos; las ideas en Platon son formas esencialmente reales de la existencia divina; son actos, como los llamara despues Aristóteles. El platonismo se sirve del pitagorismo; pero lo absorbe, lo transforma. Lo acepta como un punto de vista inferior; lo estima como la region puramente formal donde crecen las concepciones lógicas y matemáticas; region que es preciso atravesar para llegar al campo de la *vόησις*, á la esfera de las eternas realidades de las ideas.

Así el pitagorismo, superior sin duda á las escuelas jónicas, pero inferior al platonismo, toma su puesto y lugar en el organismo general de la ciencia; gracias á los nuevos enlaces, adquiere una verdad real en la vasta concepcion platónica y que no habia tenido en la existencia aislada y parcial que consiguió en las escuelas de Italia. Tampoco desdeña Platon el nombre famosísimo de Empedócles de Agrigento, y recoge, entre las concepciones épicas y fantásticas de

aquel original pensador, profundas intuiciones. En el *Phedro* y en el *Banquete* reproduce Platon la teoria del amor universal de Empedócles, y quizá á Empedócles se deben rasgos y caracteres muy importantes de la teoria del amor platónico. El *Sphærus* de Empedócles, del cual procede la unidad primitiva y al cual retorna, y del que todos los seres son miembros vivos, y que es un amor inmanente y una providencia inmanente, se transforma en Platon en el Dios engendrado; si bien, por encima de esta existencia, brilla la del Dios eterno en los diálogos del fundador de la Academia.

Pero aún mucho más señalada que todas las influencias de que se ha hecho mérito, lo es en la filosofía platónica la influencia eleática. Xenofanes había demostrado que Dios es uno y no ha sido engendrado, como no lo ha sido nada de lo que tiene sér. Sus discípulos se encerraron en la unidad, que no es la unidad de materia de los antiguos físicos, ni la de una sustancia virtual de la que se desprenden los fenómenos; es la unidad del sér, fuera del que nada es y que eternamente permanece inmóvil en su identidad. La naturaleza, repetían, no es más que una vana y engañosa apariencia; la razon sólo conoce la unidad absoluta. Desde el viaje famosísimo de Parménides y Zenon á Atenas, la doctrina eleática fué una de las fascinaciones más poderosas y uno de los atractivos más seductores para la inteligencia de Platon, como lo ha sido siempre para toda inteligencia viril y razonadora.

A Parménides y á Xenofanes debe Platon el concepto de un sér necesario, absolutamente uno, inmutable y eterno que sea el sér puro, perfecto y realmente determinado.

A Parménides debe Platon la doctrina de la identidad absoluta del sér y del pensar, en la unidad suprema del sér puro; y si estima como insuficiente esta verdad, la completa con la distincion del sér y de sus géneros, y por consiguiente con la del sér relativo. Platon vivifica las enseñanzas de la escuela eleática con la profunda doctrina de la participacion que evita todos los exclusivismos. De suerte que el dogma eleático que era una enérgica y vigorosa antítesis de las enseñanzas de las escuelas jónicas, en la vasta concepcion de Platon renace sin aquel carácter histórico, pero conservando lo racional y verdadero que existe en su fondo.

De antecedente, y antecedente real y lógico al sistema Platónico, sirven los ensayos y las tentativas dialécticas de Zenon de Elea, y el historiador desconocería también la verdad de la historia, si no estimara la influencia de Protágoras y de Gorgias, cuya sutil argumentacion, ya contra los jónicos, ya en pro de los jónicos, ya á favor ó en contra de los eleáticos, creó un espíritu crítico, de grandes provechos en la historia de la filosofía y que sirve siempre, de progenitor á un juicio severo pero imparcial, ámplio y comprensivo.

El exclusivismo de escuela cayó á los golpes repetidos de Protágoras, Gorgias, Pródico y Euthydemus, y Hegel acierta al observar que esta labor crítica preparó la aparicion de Sócrates é hizo patente la necesidad de los criterios seguros é inquebrantables, que de una y otra manera radican en la conciencia humana.

Desde los tiempos socráticos, por oscura que sea la historia de la escuela de Megara, ¿cabe negar que las concepciones matemáticas y formales de aquella escuela influyeron en el ordenamiento del sistema platónico, y cabe desconocer que Euclides, segun Diógenes de Laertio, había ya enseñado que el Bien es uno á pesar de sus nombres infinitos, y es el Bien cuando se llama sabiduría, Dios, inteligencia suprema, y es el Bien aunque se le aclame con cualquiera otro nombre? Esta concepcion, de lleno pasó á la filosofía platónica, dotándola de nervios y de vértebras y siendo al mismo tiempo su corona.

Por lo dicho se alcanza que no fué la doctrina platónica súbita y extraordinaria aparicion que rompiera los hilos y la trama de la historia, sino que por el contrario, recoge todos los frutos de las edades pasadas, los purga del exclusivismo histórico propio del momento en que aparecen, y los razona y los funda, colocándolos como órganos vivos en la concepcion gigantesca que habían trazado.

No podía ser de otra suerte. La historia de la razon es esencialmente racional, y sólo aparecen en ella estos procedimientos.

En cuanto á los orígenes orientales del platonismo, conviene advertir que nació esta pretension principalmente en los dias alejandrinos, tomando por dato las tradiciones referentes á los viajes á Egipto y al Asia Menor, no sólo de Platon, sino de los jefes de todas las escuelas griegas. Segun estas tradiciones, Thales de Mileto, lo mismo que Pitágoras, de igual suerte que Heráclito y de la misma manera que Xenofanes, viajaron por el Asia Menor y por el Egipto, y recibieron tesoros de ciencia de los magos y de los sacerdotes. Despues del Renacimiento de los estudios orientales, los indianistas tienden asimismo á enlazar las enseñanzas de la escuela Nyaya ó de las escuelas Sankya con la filosofía griega. Pero las tradiciones respecto á los viajes de los filósofos antiguos, no han adquirido aún en las tareas de la verdadera erudicion caracteres de certeza, y contrayéndolos á Platon, por más que los partidarios del orientalismo sostengan la verdad de su viaje á Egipto y aun la de su viaje á Persia, como escribe Burnouf; y por más que se hable de las sociedades secretas de carácter y origen oriental, que eran muy comunes en Grecia en los dias de Platon, todo ello carece de las condiciones necesarias para que la crítica imparcial y severa pueda consignar siquiera como verosímiles tales hechos.

Claro es que hay una influencia oriental en la edad

griega, pero es la influencia de las primitivas emigraciones á Grecia y á las islas que, colocadas entre el Asia Menor, Egipto y Grecia, servían como de estaciones para el progreso y la comunicacion, y es la influencia que en todo el trayecto de la historia se continúa y que se dibuja con mayor firmeza en los tiempos alejandrinos. Pero hay gran distancia de estas influencias generales históricas de una civilización á otra, al hecho de trasplantar una teoría, un sistema, una escuela, como aquí se pretende.

¿Qué hay en las concepciones zoroástricas ó en las doctrinas egipcias, que pueda señalarse como modelo de la teoría de las ideas, del concepto de la ciencia, de la enseñanza sobre la reminiscencia, ó sobre el Bien, que son las verdades principales del platonismo?

A pesar de la opinion de Burnouf y de los patronos del orientalismo en Grecia, no hay entre unas y otras doctrinas más analogía que las que imprime la identidad de la razon humana en toda especulacion filosófica.

Si cabe, aún son más ligeros los fundamentos de los plagios de la *Biblia* atribuidos á Platon, por más que haya sido muy comun y general esta opinion. Se sostenía que Platon había encontrado en la *Biblia*, la Trinidad, las ideas, el Verbo; se sostenía que sólo eran felicísimas esplanaciones de conceptos bíblicos las teorías platónicas, y todo para explicar la razon de la superioridad de la doctrina platónica, en paralelo con las demas doctrinas de su siglo. Para que Platon hubiere tomado de la *Biblia* la doctrina de la Trinidad, era condicion necesaria que existiera la Trinidad en la *Biblia*. Los más agudos intérpretes de la teología moderna, apénas la vislumbran, y era necesario además que la doctrina de la Trinidad estuviera explícitamente en los Diálogos Platónicos, y confieso que yo no la descubro porque no es lícito confundirla con combinaciones ternarias, quizá pedagógicas, que para consignar relaciones, establece Platon. *Las Triadas* y toda la profunda enseñanza que con ellas se relacionan, pertenecen á Plotino y á Proclo.

En cuanto á las ideas, hay que confesar con el sabio teólogo Freppel, que no están en la *Biblia*. Lo único bíblico que se ha dicho con razon existe en Platon, es la definicion de Dios por el sér; pero Platon no necesitaba buscarla en la *Biblia*: se encontraba formulada de un modo claro y preciso en *Parménides* y en todos los eleáticos.

Por estas razones, los más distinguidos teólogos han abandonado la antigua tesis de los plagios platónicos de la *Biblia*, mucho más cuanto que los estudios históricos no han podido averiguar aún que ántes de los tiempos de Alejandro existiera contacto y comunicacion entre griegos y judíos, y aún mucho despues, en los dias del imperio romano, cuando escritores griegos hablan de la religion judáica, de sus usos y de sus leyes, convencen por la misma lectura de sus escri-

tos que no eran conocidos los libros santos del pueblo hebreo.

Platon es griego; griegos son los elementos constitutivos de su doctrina; con la historia anterior de las escuelas jónicas, eleáticas y pitagóricas, se enlaza su escuela, así como desciende directa é inmediatamente del espíritu de Sócrates. Es el más griego de todos los filósofos de la Grecia. En ninguno se encarnó la feliz y original genialidad de aquella raza y aquel pueblo como en Platon, y nadie como Platon ha expuesto bajo sus aspectos más puros y más nobles la tendencia sintética y comprensiva del genio helénico.

Lo que merece asimismo muy particular cuidado, es la historia del platonismo en sus trances y vicisitudes posteriores. Lo que ejercitara aún por mucho tiempo la discrecion y la perspicacia de la critica, es el cúmulo de lecciones y de doctrinas que se han atribuido á Platon, con el fin de que su nombre sirviera de égida y de escudo á otras teorías y escuelas de épocas posteriores.

No hay que interpretar á Platon por ninguno de sus discípulos, aunque estos discípulos sean Plotino ó Proclo, San Justino ó Tertuliano, San Clemente de Alejandría ó San Gregorio Nacianceno: hay que estudiarlo en los diálogos auténticos, en relacion con la filosofía de su tiempo y con las escuelas anteriores, sin otra mira, sin otro criterio, sin más propósito que el de la verdad de la historia de la filosofía.

Que conocido el platonismo se ilumina la historia de la filosofía en los siglos posteriores y se salvan las perplejidades que origina el estudio de Aristóteles, y se razona el movimiento de los estoicos, y se comprende el designio de los escépticos, y entra á raudales la luz en los misterios de Plotino y de Proclo, es un hecho que todos los historiadores de la filosofía han reconocido; pero que en mi juicio no se limita á la historia antigua, sino que se cumplen de igual manera en los siglos medios y en el siglo del Renacimiento. El fecundo y admirable período que llenan los Santos Padres de la Iglesia Griega y Latina, en su expresion filosófica, es debida á Platon. Rasgos platónicos vivifican á la Edad Media; sustancia platónica alimenta el genio de Descartes, de Malebranche y de Leibnitz, y hasta llegar á la critica de Kant, con toda seguridad puede afirmarse que es la doctrina platónica el faro del pensamiento humano, y que se explican las luces y las sombras del espíritu por la posicion que ocupa en su movimiento de rotacion, respecto á ese espléndido sol de la edad antigua.

FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS,
de la Academia Española.